

Ortiz Frágola, Alfredo (noviembre 2004). *Crisis en la familia : La rebelión de los adultos*. En: Encrucijadas, no. 28. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubi.sisbi.uba.ar>>

## Crisis en la familia

### La rebelión de los adultos

*En estos comienzos del siglo XXI, hay un evidente grado de desorientación y, por tanto, inseguridad, que afecta tanto a los jóvenes como a los adultos. Los jóvenes hacen sentir su presencia en la familia y, más allá, han alcanzado a tener una pregnancia tal en nuestra sociedad que se han llegado a invertir los roles y conflictos tradicionales. En buena medida, también ahora son los adultos quienes toman a los jóvenes como modelos de identificación. Se visten como ellos, los imitan y hasta pueden recurrir a una discreta cirugía plástica para parecerseles. Por momentos, como esta dependencia de los nuevos valores les produce fastidio, también se “rebelan” contra ellos y los combaten.*

---

### Alfredo Ortiz Frágola

Médico psiquiatra. Profesor Adjunto de Salud Mental, Facultad de Medicina, UBA. Jefe del Departamento de Salud Mental del Hospital de Clínicas José de San Martín.

Se ha cumplido un siglo desde que el psicoanálisis comenzó a iluminar zonas oscuras y privadas de la persona. Hoy, la multiplicación de la información difunde secretos a todos los rincones, y las autopistas informáticas conectan tanto las oficinas de los adultos como los dormitorios de los adolescentes que chatean, dejando poco lugar para la intimidad. El desarrollo ha mejorado muchos aspectos de la vida, pero entre tanto, las diferencias entre las culturas se tornan difusas y una suerte de clonación psicológica facilitada por los medios de comunicación y las estrategias de marketing generaliza las particularidades y los conflictos adolescentes.

En casa, los jóvenes hacen sentir su presencia en la familia y, más allá, han alcanzado a tener una pregnancia tal en nuestra sociedad que se han llegado a invertir los roles y conflictos tradicionales.

En buena medida, también ahora son los adultos quienes toman a los jóvenes como modelos de identificación. Se visten como ellos, los imitan y hasta pueden recurrir a una discreta cirugía plástica para parecerseles. Por momentos, como esta dependencia de los nuevos valores les produce fastidio, también se “rebelan” contra ellos y los combaten diciendo que la juventud actual está perdida, descontrolada y violenta. Yo diría que ahí se evidencia una insidiosa “rebelión de los adultos”, que es el título de estas breves reflexiones sobre los padres con hijos adolescentes.

Violencia, inseguridad, maltrato y abusos preocupan, alarman y hasta generan nuevos rubros psicopatológicos que son tema para la prensa y para nuestros paneles científicos. La sociedad se moviliza, y como emergentes de la crisis surgen los profetas del derrumbe que señalan las calamidades de la juventud o de la sociedad de hoy. Afortunadamente también sigue habiendo mentes lúcidas como la de Julián Marías, que desde su tercera edad nos apunta que si hay algo constante a través de los tiempos es la quejumbre por la inmoralidad dominante, por comparación con las épocas anteriores. Un espejismo reiterado que lleva a abultar los males presentes e idealizar el pasado.

Marías piensa que “sería frívolo e irresponsable decir que nuestra época es particularmente inmoral, más que otras en las que se dijo lo mismo. No es fácil saberlo, y ni siquiera es probable”.

Lo que sí en cambio parece evidente, en estos comienzos del siglo XXI, es un alto grado de desorientación y, por tanto, inseguridad, que afecta tanto a los jóvenes como a los adultos.

Los terapeutas de adolescentes somos consultados cotidianamente por situaciones clínicas derivadas de crisis: en el adolescente, en los adultos, en la familia y en la sociedad.

### **Los adolescentes**

El proceso adolescente puede ser comprendido como una fase de profunda movilización afectiva, un período de transformación de la personalidad que implica una nueva visión del mundo, la desidealización de los objetos de amor parental y la edificación de un nuevo conjunto de valores, metas e ideales.

Todo esto tiene que llevarse a cabo en un marco imprescindible de suministros vitales, provisión afectiva, confrontación, límites y autonomía paulatina. Esta idea de presencia parental, libertad y contención está implícita también en el papel de la cultura que señalaba Erikson al referirse a la moratoria psicosocial, el margen de maniobra que toda sociedad tiene que permitir a los jóvenes para experimentar la vida sin temor a las consecuencias y compromisos con el fin de adquirir las características que necesitarán como adultos para hallar un sitio adecuado en la sociedad.

De modo que en verdad, salvo en situaciones excepcionales, hablar de las crisis adolescentes implica necesariamente considerar a los adultos que constituyen su familia, su medio ambiente, su continente, su nicho ecológico. Y ellos también, como el joven, están sujetos a cambios dinámicos importantes, van a vivir su propia turbulencia y a padecer su propia vulnerabilidad. Ellos también oscilan entre el sometimiento a viejas rutinas y el camino de opciones renovadas que aún no han elegido. Ellos también suelen embarcarse en una oscura lucha por una nueva autonomía. Pero en nuestra sociedad los senderos alternativos no suelen estar fácilmente accesibles y abiertos para los adultos. Entonces se hace presente la rebelión, evidente y manifiesta o bien silenciosa, expresada de forma indirecta.

### **La crisis de los adultos**

Intento ocuparme ahora de los estados de crisis que constituyen la contracara adulta de los avatares de la transformación adolescente.

Esquemáticamente podemos observar sus manifestaciones en cuatro áreas:

1) la identidad; 2) el cuerpo y la sexualidad; 3) los procesos de mentalización, y 4) el paso al acto. (Esta clasificación por supuesto es arbitraria y sólo con fines expositivos, porque las categorías se superponen.)

1) La identidad como eje nuclear de la personalidad muestra sus vacilaciones cuando la adopción de un rol parental muy diferente de aquel de padre o madre de infantes fuerza al adulto a ubicarse como guía, límite y camarada de un hijo con nuevos derechos y libertades. El adulto que tiene que resignar parte de su autoridad, especialmente si no le quedan otros hijos más chicos, suele atravesar períodos de confusión, incertidumbre y,

muy especialmente la clásica vivencia de vacío que acompaña a la enajenación de esos hijos que ya no le necesitan como antes y producen un hueco en su mundo personal.

Los padres relegan buena parte de su papel de soporte esencial para sus hijos y pasan a cumplir un rol secundario. Ya no son idealizados como antes y padecen su propia necesidad de idealización.

Esto se liga a otra ecuación producida por la implacable renovación de lo que C. Bollas ha llamado los “objetos generacionales”, aquellas personas (deportistas, políticos, músicos), cosas, modas o sucesos admirados por cada conjunto generacional y que con el correr del tiempo pasan a ser como la marca registrada propia de esa generación. Por ejemplo, para algunos de mi generación pueden haber sido Los Beatles, el Sputnik, el mayo del '68, la vuelta de Perón, Un hombre y una mujer, la naranja Crush, el Wincofon, Mafalda, Cien años de soledad o Ringo Bonavena. Dichos objetos generacionales, que pertenecían y a veces enaltecían por medio de la identificación a la generación de los padres, han perdido progresivamente protagonismo. Reemplazados por nuevos valores de culto, hoy son reflejos algo pálidos y arrugados de una gloria en decadencia.

Bollas (1992) ha delineado el nostálgico proceso de duelo que se presenta cuando entre los 40 y los 60 años nos vemos forzados a admitir que nuestros objetos generacionales (tan preciados para la formación y el sentido de nuestra identidad generacional) son temporales.

Con cierta consternación pasamos a ver cómo la propia generación “se convierte en un hecho histórico, en un movimiento que va de la subjetividad participativa profunda a lo objetivado”.

Para colmo, la procreatividad generacional es canibalística; entonces, la nueva generación utiliza los objetos de las anteriores a modo de collage para consumo y los somete a su propia digestión en forma de t-shirt.

Los procesos mencionados no pueden dejar de afectar la identidad de los miembros de lo que podríamos llamar la “generación usurpada”. En función del grado al que hayan arribado en su propia consolidación psíquica, los adultos reaccionarán en diversas proporciones con generosidad o con hostilidad y confusión. El abanico de posibilidades es muy amplio e incluye, cuando las cosas no van bien, una amplia variedad de manifestaciones psicopatológicas. Algunas expresiones insidiosas son la sensación de futilidad, la depresión vacía, el sinsentido de la vida, la agonía existencial. La perturbación de los padres con estos síntomas aparece también por vía indirecta en las preocupaciones que expresan por la aparición transitoria de dichos estados en los hijos adolescentes.

A su vez, las áreas que señalo a continuación resultan afectadas como expresión secundaria a la perturbación en la integridad de la personalidad de esos padres.

2) Las conductas y los síntomas centrados en el cuerpo y las funciones vitales, el sueño, la sexualidad, las conductas alimentarias.

En una secuencia paradójica los adolescentes duermen cada vez más y los padres cada vez menos, con la irritación y el consumo de hipnóticos consiguientes. Los padres se suelen indignar también por la alteración del ritmo circadiano de los jóvenes, que viven

durante la noche y duermen o deambulan como zombies durante el día. Pero tras esta desavenencia creo que subyace el dolor que produce el contraste entre las dos vivencias contrapuestas acerca del paso del tiempo: casi eterno para el adolescente, finito y cada vez más acotado para los padres, que sienten que se les escurre implacablemente sin poder evitarlo.

Mencionaba recién el consumo de hipnóticos, que se hace frecuente a partir de mediados de la cuarta década de la vida. Los hipnóticos, junto con el alcohol y los fármacos ansiolíticos, constituyen la faceta socialmente aceptada y el modelo identificador de automedicación que los jóvenes toman de sus padres al utilizar sustancias psicoactivas. Aquí se produce una confluencia de ambas crisis, adulta y adolescente, que resultan abortivas cuando se intentan suprimir a través de la solución química.

Cuando la angustia se concentra en algún aspecto del cuerpo suelen surgir los temores hipocondríacos, o el quirúrgico recurso de una plástica, que brinda la ilusión de acortar la brecha estética con la nueva generación.

En el campo específico de la sexualidad en la psicología psicoanalítica se señala la reactivación edípica adolescente y la reactivación edípica de los padres del adolescente. Desde la biología sumamos otra secuencia incómoda para los adultos: próstata y menopausia insinúan su lenta aparición al mismo tiempo que la exuberante e impetuosa sexualidad del adolescente.

Es cierto que ambas sexualidades, la adulta y la adolescente, pueden paralelamente pasar a una nueva y gratificante fase. Pero también las disfunciones sexuales, el hastío o la infidelidad conyugal pueden ser la señal adulta del retorno del conflicto reprimido. En cuanto a los problemas de la serie alimentaria, son múltiples y multideterminados. A modo de ejemplo señalemos sólo una constelación típica: la clásica dupla de hija adolescente anoréxica o bulimaréxica y su madre algo excedida en peso, eternamente a dieta. La madre frecuenta al homeópata y la hija es llevada al psicólogo.

3) Una tercera área de expresión de la crisis pasa por los procesos de mentalización, que abarcan los conflictos y síntomas típicamente neuróticos.

El mecanismo de formación del síntoma neurótico pone en marcha fobias, histerias y obsesiones, que pueden tener su comienzo en la cuarta década de la vida. No tardan en aparecer, en el abordaje psicológico, facetas vinculadas a la crisis vital desequilibrante. A veces surgen las depresiones de la mitad de la vida, contemporáneas de la crisis adolescente de los hijos.

La lucha tenaz en pos de logros económicos o académicos puede ser un camino que apunta a compensar la fragilidad emocional de un sujeto. Pero al ir alcanzando sucesivos objetivos, hacia la mitad de la vida, el self, el núcleo de la personalidad, va deteniendo el motor que lo había mantenido con "temperatura". Sin embargo, como la satisfacción que se anticipaba no se encuentra junto con el objetivo (es decir se logra el objetivo pero no una gran satisfacción), aparecen los estados depresivos "fríos", esa falta de sentido de la vida que mencionamos al referirnos a los problemas con la identidad. Por supuesto, también puede ocurrir que las metas idealizadas no se alcancen. Kohut (1977) llamó la atención sobre las semejanzas entre la difusión de la identidad en el adolescente y las "depresiones vacías" en la edad media de la vida, que frecuentemente implican no tanto

dudas sobre la identidad sino más bien una insatisfacción con el lugar que se ha llegado a ocupar en el mundo.

4) Los problemas de la acción y el paso al acto. Son una forma común de expresión de las crisis en adolescentes y por lo tanto motivo de consulta en jóvenes, en quienes la fuerza, la actividad motriz y la autonomía han crecido bruscamente. No escapa a esta área de expresión la rebelión de los adultos. Una de sus formas más definidas en el contexto que nos ocupa es la violencia familiar.

Igual que en otras cuestiones en las que la insistencia en un tema produce una trivialización y una identificación superficial con un solo polo de la cuestión, el justificado alerta sobre el maltrato por momentos dificulta una aproximación objetiva a la clínica de la violencia con y por adolescentes.

Las expresiones físicas del enojo por parte de padres exasperados hacia sus hijos adolescentes incrementan la intensidad de las peleas de los jóvenes con sus parientes y con sus pares. El mensaje subyacente que florece es que está bien pegar si uno está enojado.

Enfrascados en su propia crisis, muchos padres que castigan físicamente a sus hijos dan por sentado que ellos se desarrollaron bien gracias a las palizas que recibieron, sin darse cuenta de que quizás es "a pesar" de esas palizas. Incluso pueden sentirse desleales a sus propios padres si no castigan a sus hijos, por ser demasiado blandos. Si logra evitar una postura hipercrítica, se puede advertir que los padres que se aferran a patrones destructivos son habitualmente aquellos más conflictuados e inseguros respecto de su función parental.

Más aún, sin llegar a situaciones extremas, inclusive padres bien motivados y relativamente armónicos pueden tener dificultades para enfrentar a sentimientos normales negativos hacia sus hijos. Rabia, impaciencia, envidia, decepción, por las características del hijo pueden afectar su capacidad parental si estos sentimientos no son adecuadamente aceptados como normales y neutralizados con afectos positivos. Si esto no ocurre, el resultado puede ser una rigidez o severidad constrictivos. En otros casos, la negación o represión de sentimientos hostiles puede llevar a actitudes de excesiva indulgencia, sobreprotección o incapacidad para poner límites o decir no. El mecanismo resulta casi siempre contraproducente y genera resentimiento del joven hacia sus padres y más tarde hacia la sociedad.

Sin ser por supuesto lineal, causa-efecto, la vinculación entre las desavenencias conyugales y las crisis adolescentes es obviamente estrecha. Sucede que a partir de la relación entre sus padres los hijos aprenden desde temprano cómo se pueden llevar un hombre y una mujer en la pareja, cómo se comunican, cómo disienten, cómo negocian y cómo arriban a compromisos.

Este modelo se va incorporando y pasa a formar parte de la estructura psíquica, no sólo a través de lo que los padres hacemos, sino por cómo somos.

Es natural que los conflictos graves entre los padres afecten a los hijos. Pero es apropiado observar otra cuestión que puede tener casi tanto peso como la anterior. Me refiero a la capacidad de los padres para establecer una alianza parental. La alianza parental es un vínculo de cooperación entre padre y madre que se esfuerzan

en el objetivo común de la crianza de sus hijos más allá de las discrepancias que eventualmente puedan existir entre ellos.

Provee un sustento para la autoestima de ambos y les permite encarar las vicisitudes de la parentalidad y las ansiedades que el desarrollo de sus hijos usualmente reactiva. Es importante tener en cuenta que la alianza parental puede mantenerse incluso en matrimonios que se separan, y en tal caso aporta a los hijos una atmósfera beneficiosa que puede compensar, al menos parcialmente, otras carencias inevitables.

En síntesis, la rebelión de los adultos, como casi todas las rebeliones contiene elementos destructivos, pero no carece de un potencial creativo. Si este potencial es valorado sin prejuicios, mediante su reconocimiento podremos compartir con el adolescente y sus padres una excelente oportunidad de resolver antiguos conflictos y alcanzar un nuevo y más alto nivel de integración personal.

### **Bibliografía**

- Bollas, C. (1992) Ser un personaje. Buenos Aires, Paidós, 1994.
- Kohut, H. (1977) La Restauración del sí mismo. Buenos Aires, Paidós, 1980.
- Marías, J. Tratado de lo mejor. Madrid, Alianza Editorial, 1995.
- Ortiz Frágola, A.: “El médico frente a las crisis de adolescencia patológica”. La Prensa Médica Argentina, Vol. 85, 2, 1998.
- Ortiz Frágola, A.: “Crisis en la familia”. Psicoanálisis, Revista de APDEBA, V 23, 1, 2001.